
La historiografía independentista del noroccidente de México

Jaime Olveda
El Colegio de Jalisco

La historiografía clásica o tradicional

Para conmemorar el primer centenario del inicio de la rebelión que encabezó Miguel Hidalgo, el gobierno jalisciense publicó la *Historia particular del estado de Jalisco*, de Luis Pérez Verdía, en tres volúmenes. Este historiador local obtuvo un gran reconocimiento por haber sido el primero en escribir una historia general de esta entidad federativa, desde los tiempos prehispánicos hasta el ocaso del Porfiriato. De 1910 a principios de la década de los ochenta, su obra fue la fuente principal a la que se recurrió para conocer el pasado histórico de este estado.

Como otras ciudades del noroccidente mexicano no fueron escenarios principales de la guerra independentista y el impacto que tuvo fue menor que en otras partes, los historiadores no prepararon nada especial para festejar el primer centenario, a excepción de Aguascalientes, donde se editó un folleto de corta extensión con el título de *El movimiento de independencia en Aguascalientes*,¹ y de Colima, donde José María Rodríguez Castellanos publicó, en 1911, la obra *Colima y la guerra de independencia*, bajo los auspicios del gobierno estatal.

Pérez Verdía también tuvo el mérito de haber sido el primer historiador jalisciense en ocuparse de la insurgencia. En 1876, cuando tenía escasos 19 años de

1. Este impreso se localiza en la *Miscelánea* 256 de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco.

2. Ernesto de la Torre Villar. *La inteligencia libertadora. Esbozos y escorzos de don Miguel Hidalgo*. México: UNAM, 2004, p. 27.

3. Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 17.

edad, sacó a la luz pública los *Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco*, los cuales adolecen de “algunos errores” que posteriormente él mismo identificó y corrigió cuando preparó la *Historia particular*. Como todos los autores de esa época en estos dos trabajos relató la guerra insurgente conforme a los cánones de la historiografía clásica o tradicional que impulsaron fray Servando Teresa de Mier, José María Luis Mora, Carlos María de Bustamante, Lorenzo de Zavala y otros historiadores decimonónicos. Tanto ellos como los primeros dirigentes de la República fueron participantes o testigos presenciales de la guerra de independencia y, por lo mismo, mostraron su profunda gratitud hacia los iniciadores de esta rebelión, perpetuaron su memoria y los proyectaron como los fundadores de la nación mexicana.² Además, vieron en este levantamiento un proceso revolucionario, en el que el cambio o la transformación lo determinaba simple y sencillamente la oposición al régimen colonial.

Herederero de esa vieja tradición, el autor de la *Historia particular del estado de Jalisco* vio en esta insurrección una negación del orden colonial y el alumbramiento del México independiente. Su narrativa es muy descriptiva y su enfoque es romántico-nacionalista. Conforme a esta pauta interpretativa, Hidalgo aparece como la figura central y el grito de Dolores como un levantamiento patriótico, maduro, justo y encaminado a lograr la independencia de una nación que ya existía desde antes de la llegada de los españoles, quienes, con la conquista, usurparon “la soberanía nacional”.³ Como tantos otros autores de ese tiempo, Pérez Verdía apuntó que el movimiento insurgente estuvo conducido por líderes extraordinarios, dotados de poderes y cualidades excepcionales, a quienes no les animaba otra cosa que ver a su patria libre de la opresión hispana.

Al igual que sus contemporáneos, consideró que la guerra de independencia había sido la reacción consciente de un pueblo entero o de una nación ya integrada que quiso liberarse de la explotación y la

humillación a la que estuvo sujeta durante 300 años. La madrugada del 16 de septiembre de 1810, “la voz de Hidalgo resonó en todos los ámbitos del país, [para despertar] de su letargo a un pueblo entero”. Sólo el cura de Dolores, recalca Pérez Verdía, “supo sembrar la fe en todos los corazones y dar el símbolo más preciso y perceptible de la revolución”: la Virgen de Guadalupe.⁴ En términos generales, describe con cierto detalle las acciones épicas o grandiosas que en esta primera fase emprendieron los cabecillas que asumieron la dirección del movimiento a nivel local. Así, la insurgencia en la región de Guadalajara la explica en función de los “actos heroicos” que realizaron José Antonio Torres, José María Mercado, el cura Calvillo, Marcos Castellanos y Pedro Moreno, quienes han sido objetos de sendas biografías apologeticas.

En 1875, un año antes de que Pérez Verdía escribiera los *Apuntes históricos*, Agustín Rivera publicó un libro con el título de *Viaje a las ruinas del fuerte del Sombrero* con el propósito de “recordar las hazañas de un hijo esclarecido” de Lagos –Pedro Moreno– y la defensa de esta fortaleza, a la que consideró como un “monumento inmortal del patriotismo”, pero su texto no alcanzó el éxito que logró el de Pérez Verdía. Con posterioridad, Mariano Azuela llegó a comentar que nunca antes un historiador había glorificado tanto a Moreno como el padre Rivera, quien lo admiraba tanto, que los homenajes que se le hacían a este insurgente en Lagos y en otras partes, los recibía como propios.⁵ Años más tarde, Alberto Santoscoy, contemporáneo de Pérez Verdía, continuaría con el gusto por la biografía, al escribir una semblanza de Epigmenio González.⁶

Como ocurrió en otras regiones de México, la historiografía independentista del noroccidente, aunque escasa, produjo la imagen de un Hidalgo bondadoso, paternalista, patriota, revolucionario y con el vigor suficiente para encabezar un levantamiento destinado a libertar a un pueblo oprimido. Esta representación

4. *Ibid.*, p. 25-26.

5. *El Padre Agustín Rivera*. México: Ediciones Botas, 1949, p. 93.

6. Se trata de “Don Epigmenio González. El patricio insurgente”, en *El Diario de Jalisco*. Guadalajara, 3 de octubre de 1889.

7. Al respecto puede verse Mario Aldana Rendón. *Independencia y nación*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1985.

8. *Vallarta en la Reforma*. Prólogo y selección de Moisés González Navarro. México: UNAM, 1979, p. 133.

9. Del primero, "Apuntes biográficos del doctor Francisco Severo Maldonado", publicado en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, núm. 3. México, 1911. Del segundo, *Francisco Severo Maldonado. Un pensador jalisciense del primer tercio del siglo XIX*. México: Polis, 1938.

del héroe íntegro, esforzado y desinteresado que difundieron los textos históricos fue reforzada por los discursos patrióticos que se pronunciaron en los aniversarios de la independencia a lo largo del siglo XIX para afianzar la nacionalidad.⁷ El que dijo Ignacio Luis Vallarta en Guadalajara el 16 de septiembre de 1855, por ejemplo, estuvo impregnado de frases patrióticas muy emotivas y, a veces, incendiarias. Su texto inicia de esta manera: "Hoy hace 45 años que, a la potente voz de un anciano ilustre, México se despertó del sueño de muerte en que dormía; y arrojando lejos de sí las cadenas que le mantenían en esclavitud y en opresión, marchó hasta colocarse en la categoría de las naciones independientes".⁸ Como podrá observarse en este y en otros discursos patrióticos, los oradores, además de exaltar la gesta insurgente, denigraron el periodo colonial, al que identificaron como una época de terror, de oscurantismo, de explotación y de esclavitud. Esa herencia historiográfica, precisamente, la retomaría José Clemente Orozco para pintar el mural del "Hidalgo incendiario" en la parte alta de la escalera principal del palacio de gobierno de Jalisco, en 1937.

Entre 1910 y 1953, año del bicentenario del natalicio de Hidalgo, el tema de la insurgencia prácticamente no se abordó, a excepción de dos trabajos sobre Francisco Severo Maldonado, uno de Juan B. Iguíniz y otro de Paulino Machorro Narváez.⁹ Al conmemorarse los 200 años del natalicio del iniciador de la insurgencia, la obra de Pérez Verdía ratificó su vigencia al reeditarse los *Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco* y la *Historia particular del estado de Jalisco*. Además, en los últimos días de noviembre y principios de diciembre de 1953, tuvo lugar en Guadalajara el IX Congreso Mexicano de Historia. En la 11ª Mesa de esta reunión se discutió el tema "La insurgencia desde nuestro tiempo", en la que participaron Alfonso García Ruiz, Francisco de la Maza, Juan Ortega y Medina, Moisés González Navarro, Daniel Cosío Villegas, Arturo Arnaiz y Freg, y Justino Fernández. Entre los historiadores locales que

asistieron hay que mencionar a José Ramírez Flores, Ricardo Lancaster Jones, Ricardo Delgado, José Toral Moreno, Ramiro Villaseñor Villaseñor y Leopoldo I. Orendáin.

En ese mismo año Luis Villoro publicó su libro *El proceso ideológico de la Revolución de independencia*, obra que empezó a modificar la idea que se tenía de este acontecimiento y de su iniciador. La formación empírica de los historiadores locales, y el apego que siempre tuvieron hacia los cánones de la historia tradicional, influyeron bastante para que los trabajos que siguieron elaborándose sobre el tema no tomaran en cuenta las aportaciones de Villoro y las de otros autores que en aquel tiempo reinterpretaban la insurgencia, apartándose de los viejos criterios. A partir de entonces, en los nuevos estudios que se publicaron en la ciudad de México y en otras partes del extranjero, la imagen de Hidalgo y la idea que se tenía de la independencia fueron cambiando poco a poco. En lugar de seguir presentándolo como un símbolo y un patriota ilustrado y revolucionario, el cura comenzó a ser proyectado como el portavoz de la conciencia popular y como un personaje más bien ligado a la tradición hispana, mientras que la insurrección que encabezó aparece en la nueva historiografía como un movimiento en contra de los españoles, pero no de España.

Al año siguiente (1954), Jesús Amaya Topete publicó su libro *Hidalgo en Jalisco*. Este autor fue el primero en ponderar la presencia del padre de la patria en la intendencia de Guadalajara, particularmente en la capital. En este trabajo comenzó a sobrevalorarse el alcance que tuvieron los acuerdos y los decretos que Hidalgo expidió en esta ciudad, los cuales han enorgullecido a los tapatíos: el que se refiere a la supresión del tributo que pagaban los indios y el que abolió la esclavitud. Amaya Topete y otros historiadores locales dan a entender que desde ese momento tuvieron una aplicación real y efectiva, y que a partir de entonces los negros y los indígenas mejoraron su situación. No menos importancia concedió este autor al hecho de que

10. Jesús Amaya Topete. *Hidalgo en Jalisco*. 2ª ed. Guadalajara: UNED, 1985, p. 42.

11. *Ibid.*, p. 9.

12. *Ibid.*, p. 51.

Guadalajara se hubiera convertido, de finales de noviembre de 1810 a mediados de enero de 1811, en “la cuna del primer gobierno nacional”, y que de su imprenta hubiera salido *El Despertador Americano*, el primer periódico insurgente.¹⁰

La descripción de Amaya Topete fue más apasionada y emotiva que la de Pérez Verdía. Su intención fue escribir un ensayo bio-histórico del cura de Dolores, lo más completo que se pudiera. Como todos los historiadores del siglo XIX y buena parte del XX, le adjudicó cualidades extraordinarias a Hidalgo y a otros líderes insurgentes, además de reconocerles el mérito de haber promovido un movimiento nacionalista y desprovisto de intereses particulares, que a lo mejor ni los mismos caudillos se lo imaginaron así, consistente, en palabras del propio Amaya Topete, en igualar “los derechos de todos los habitantes del vasto reino, lograr la independencia de éste y constituirlo en patria y madre amorosa para todos los nacidos en su suelo”. Tanto él, como el autor de la *Historia particular*, reconocieron que el objetivo principal de Hidalgo fue lograr la independencia absoluta de España. Al cura de Dolores lo ve como un hombre lleno de virtudes: trabajador infatigable, intelectual brillante, maestro destacado, filántropo y pastor ejemplar de almas, quien luego se convirtió en un “rayo incendiario y torrente arrasador”.¹¹ Tras de narrar con detalle los hechos ocurridos durante su estancia en Guadalajara, hizo un recuento de las pinturas y esculturas que los artistas mexicanos habían hecho hasta la fecha para representar a Hidalgo, aclarando, desde el principio, que seguía faltando un “verdadero retrato” porque los que existían no proyectaban la imagen real del héroe.¹²

Pérez Verdía y Amaya Topete, al igual que otros historiadores jaliscienses, ubicaron a Hidalgo dentro de un marco por demás revolucionario y renovador, en el que predominaban las ideas modernas supuestamente emanadas de la Revolución francesa, y no tomaron en cuenta el peso que ejercía entonces la tradición hispana en el pensamiento de todos los caudillos insurgentes.

La proyección que le empezaron a dar los autores jaliscienses a Guadalajara por haber acogido al cura de Dolores y porque aquí firmó los documentos más significativos de su rebelión, hizo que los historiadores de otros estados vecinos fueran al rescate de lo propio y destacaran los acontecimientos sobresalientes ocurridos en su localidad, para no quedarse atrás. En Tepic, por ejemplo, Antonio Garza Ruiz publicó una obra cuyo largo título fue *Don José María Mercado, jefe insurgente del Poniente. La toma de San Blas y la caballerosa y noble actitud del jefe realista Juan José de Lavayén. La traición del sacerdote Nicolás Santos Verdín*.

Junto al propósito de recalcar la importancia que tuvo la presencia de Hidalgo en Guadalajara, los historiadores locales también revaloraron las acciones de los curas Mercado y Calvillo, las de los rebeldes de la isla de Mezcala, las de Pedro Moreno en la región de Lagos,¹³ y las de Gordiano Guzmán en el sur de la Intendencia, a quien más tarde se le identificó más bien como un cacique regional.¹⁴

Entre 1960 y 1980, en veinte largos años, en Jalisco sólo se escribieron una biografía de José María González Hermosillo, dos de Pedro Moreno, tres de José María Mercado y otra de Francisco Severo Maldonado, cuyos autores continuaron aumentando y exaltando las cualidades y las proezas de cada uno de ellos.¹⁵ Sobre Sinaloa hubo dos trabajos pioneros que vale la pena mencionar: “La independencia en Sinaloa” de Antonio Nakayama,¹⁶ y *Apuntes para la historia de la guerra de independencia en el estado de Sinaloa*, publicados en 1967, de José G. Heredia. Son estudios muy cortos que refieren la manera en que José María González Hermosillo extendió el movimiento insurgente hasta Sonora durante la etapa de Hidalgo. Una de las ideas que difundieron estos trabajos y que se ha venido repitiendo es la que afirma que después de haber sido derrotado este cabecilla en San Ignacio Piaxtla, el 8 de febrero de 1811, la insurgencia terminó en lo que se conoció como las Provincias Internas de Occidente, lo cual es falso.

13. José Santana y Pedro Nicolás Padilla publicaron *Relación de la isla de Mezcala*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1959.
14. Sobre este cabecilla, véase Jaime Olveda. *Gordiano Guzmán: un cacique del siglo XIX*. México: SEP-INAH, 1980.
15. Jorge Gurría Lacroix. “José María González Hermosillo”, en *Gaceta Municipal*, Guadalajara, Jalisco, octubre de 1954; José G. Zuno. *El sacrificio de D. Pedro Moreno*. Guadalajara: udeg, 1961; *Documentos referentes al insurgente Pedro Moreno*. Guadalajara: Comisión Diocesana de Historia del Arzobispado de Guadalajara, 1967; *Un tapatio en la revolución de independencia de México, José María Mercado*. Guadalajara: UNED, 1970; de Adalberto Navarro Hidalgo; “Algo sobre José María Mercado”, publicado en *El Informador* del 9 de julio de 1972 por José María Muriá; *José María Mercado, un insurgente tapatio*. Guadalajara, Ayuntamiento de Guadalajara, 1973, de Juan López; y *Francisco Severo Maldonado, el precursor*, México, UNAM, 1980, de Alfonso Noriega.
16. Publicado en Antonio Pompa y Pompa (dir.). *Estudios históricos de Sinaloa. Memorias y Revista del Congreso Mexicano de Historia*. México: Congreso Mexicano de Historia, 1960.

17. José Ramírez Flores, *El gobierno insurgente en Guadalajara, 1810-1811*. 2ª ed. Guadalajara: UNED, 1980, p. 12.

Otro de los representantes de esta generación de historiadores que escribió de acuerdo con los enfoques clásicos fue José Ramírez Flores, autor de *El gobierno insurgente en Guadalajara, 1810-1811*, quien, al igual que los anteriores, refiere la ocupación de Guadalajara por parte del ejército que dirigía el “Amo” Torres y lo que aconteció cuando Hidalgo estuvo en esta ciudad. Esta obra fue publicada, por primera vez, en 1969. El personaje central de este estudio fue José Antonio Torres, “patriota, campesino humilde, trabajador, honrado y valiente”, quien al tener noticia de la insurrección de Hidalgo, “quedó convencido de la justicia de la causa, decidiéndose desde luego a sostenerla”.¹⁷

Por último hay que agregar la obra de Enrique Cárdenas de la Peña, *Semblanza marítima del México independiente y revolucionario*, publicada en 1970 en dos volúmenes. En una parte del tomo primero, el autor describe la resistencia que ofrecieron los indígenas de la isla de Mezcala, acaudillados por Marcos Castellanos, ministro de la parroquia de Ocotlán. En el segundo, incluye una cronología de los hechos más importantes ocurridos entre el 3 de octubre de 1810 y el 13 de diciembre de 1821.

Los rasgos esenciales que definen a esta historiografía tradicional que mantuvo su predominio hasta principios de la década de los setenta del siglo xx son: la preeminencia que tuvo el aspecto militar por encima de lo económico, lo social y lo político; la importancia que los historiadores concedieron al periodo de Hidalgo; el descuido en que quedaron las otras fases de la guerra; el encapsulamiento de los estudios regionales; y, finalmente, el carácter descriptivo, anecdótico, reverencial y apologético de la narrativa.

Entre la vieja y la nueva historiografía

En Guadalajara, los enfoques históricos tradicionales comenzaron a sustituirse cuando se fundaron los

primeros centros de investigación. A finales de 1972, el INAH creó el Centro Regional de Occidente en esta ciudad y, tres años después, la Universidad de Guadalajara fundó el Instituto de Estudios Sociales. Aunque al principio ambos contaron con pocos investigadores profesionales, los estudios regionales que se emprendieron fueron modificando y enriqueciendo la visión que se tenía del pasado histórico. Como entonces había mucho qué hacer, y más que los temas específicos se imponían los de carácter general a fin de tener una idea más amplia de todos los periodos, la guerra de independencia no fue de los privilegiados. Sin embargo, las aportaciones que hicieron los investigadores de las dos instituciones repercutieron directa o indirectamente sobre el tema.

Un estudio que comenzó a desmitificar la guerra insurgente a nivel regional y a mostrar los diversos motivos por los cuales los campesinos se levantaron en armas, luego de que Hidalgo inició su levantamiento, fue el de *Gordiano Guzmán: un cacique del siglo XIX*, en el que traté de explicar el caso típico de un mulato analfabeta nacido en el sur de la intendencia de Guadalajara, quien acaudilló a un grupo de peones de la hacienda Contla, ubicada en la jurisdicción de Tamazula, para volcarse, primeramente, contra los propietarios de esta finca y, en seguida, contra el orden establecido y el gobierno colonial. Se mencionan las alianzas que concertó con los indios, la forma como fue adquiriendo poder y reconocimiento local, sus vínculos con Morelos, Guerrero y Juan Álvarez, y de qué manera fue sometiendo y sustrayendo la región del sur del control del gobierno colonial y, más tarde, del nacional. Otros temas abordados son las distintas actitudes que asumieron los indígenas y otros grupos de campesinos frente a la insurrección, la leva, la composición social de las cuadrillas de rebeldes, la represión, el robo y el saqueo practicado tanto por los realistas como por los insurgentes.

Otro trabajo digno de tomarse en cuenta es el de Ernesto Lemoine que, con el título de “La insurgencia

18. Publicado en *Jornadas de Historia de Occidente. Movimientos populares en el occidente de México. Siglos XIX y XX*. Jiquilpan: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, A.C., 1981, p. 9-16.

19. *Ibid.*, p. 14.

20. Publicado en la primera revista de El Colegio de Jalisco: *Encuentro*, v. I, núm. 3, abril-junio de 1984.

en el Nayar”, presentó en 1980 en las III Jornadas de Historia de Occidente que anualmente se llevan a cabo en el Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, en Jiquilpan, Michoacán.¹⁸ En este artículo, Lemoine llama la atención sobre dos cuestiones que ayudan a comprender la naturaleza de los movimientos insurgentes que surgieron en lo que hoy es el estado de Nayarit: la propensión histórica de los indígenas hacia la rebeldía, manifiesta desde los tiempos de Nuño de Guzmán, y sus ancestrales creencias religiosas relativas a la llegada de un mesías o salvador providencial que les restituiría la libertad perdida. En estas dos consideraciones se apoyó para explicar el legendario y misterioso levantamiento del indio Mariano en el año de 1801.¹⁹

No obstante las nuevas aportaciones, las obras de Pérez Verdía, Amaya Topete y Ramírez Flores continuaron ejerciendo una poderosa influencia en la siguiente generación de historiadores locales. José Luis Razo Zaragoza reforzaría este enfoque al preparar *Testimonios y testimoniales. Hidalgo, el hombre* (1982), y Juan López Jiménez al publicar en 1984, en dos volúmenes, *La insurgencia en la Nueva Galicia en algunos documentos*. El material que aquí se incluye son los textos que sobre la Nueva Galicia compiló Juan E. Hernández y Dávalos en la *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México, 1808-1821*.

En 1984 William B. Taylor publicó un artículo muy propositivo y novedoso con el título de “Bandolerismo e insurgencia en el centro de Jalisco”,²⁰ en el que analizó la dimensión que alcanzó el descontento campesino y la proliferación de gavillas de salteadores a partir de 1780 en la parte central de la Nueva Galicia, con base en los expedientes del archivo judicial. Algunas de las conclusiones a las que llegó Taylor son: que la relación entre el aumento de la criminalidad y el crecimiento urbano de Guadalajara fue muy estrecha; que antes del inicio de la insurgencia los grupos de bandoleros estuvieron mal organizados;

que la mayoría de los pueblos de indios se inclinaba más a favor de los bandidos que de los funcionarios encargados de impartir la justicia; y que a partir de 1810 los bandoleros se multiplicaron, mejoraron su organización, operaron abiertamente y se confundieron con los insurgentes.

En 1985, en ocasión del 175 aniversario del inicio de la insurgencia, aparecieron siete trabajos sobre este tema pero todavía con un enfoque tradicional, a pesar de las aportaciones de Villoro, Hugh M. Hamill, Taylor y otros estudiosos. Juan López Jiménez preparó *La rebelión del indio Mariano. Un movimiento insurgente en la Nueva Galicia en 1801, y documentos procesales*; Salvador Gutiérrez Contreras, historiador de Tepic, publicó *José María Mercado: héroe de nuestra independencia*; José María Muriá, Cándido Galván y Angélica Peregrina, prepararon un breve ensayo titulado *La independencia en la Nueva Galicia*, el cual incluye una lista de los insurgentes que combatieron en la intendencia de Guadalajara; Carmen Castañeda fue la autora de *Don Miguel Hidalgo y don José Antonio Torres en Guadalajara*; Álvaro Ochoa, investigador de El Colegio de Michoacán, sacó a la luz pública dos trabajos: *Indulto y absolución del jefe rebelde Marcos Castellanos y Los insurgentes de Mezcala*; Mario Aldana, por su parte, recopiló algunos de los discursos patrióticos que se pronunciaron en los aniversarios de la independencia en la centuria decimonónica para integrar un volumen que tituló *Independencia y nación: discursos jaliscienses del siglo XIX, 1841-1871*, y la Cámara de Comercio de Guadalajara patrocinó la edición de otro libro que compiló también algunos de los discursos patrióticos: *A la memoria de los héroes de la independencia*.

En términos generales, estos trabajos siguieron girando en torno a las acciones militares de las grandes figuras y, salvo los textos de Castañeda, Ochoa y Aldana, los demás no aportaron nada novedoso, porque los autores siguieron apegados a las pautas interpretativas tradicionales y porque no consultaron

nuevas fuentes ni plantearon hipótesis sugerentes. Además, seis de esos siete trabajos siguieron privilegiando la etapa de Hidalgo, y muy poca importancia concedieron a lo acontecido durante los periodos en que Morelos y Guerrero fueron los conductores del movimiento insurgente, seguramente porque ninguno de los dos pisó tierras tapatías. Por otra parte, vale la pena mencionar que así como la mayoría de los autores de las historias generales de la guerra de independencia hasta muy recientemente no tomó en cuenta lo “regional”, los historiadores locales también menospreciaron el contexto general, de tal suerte que los estudios regionales aparecen encapsulados y desconectados del marco global.

En ese mismo año publiqué un artículo que lleva por título “Los movimientos insurgentes de la Nueva Galicia”,²¹ en el que traté de explicar que cada uno de los grupos rebeldes tuvo su propia composición social, una organización interna y objetivos diferentes, y que la forma como llevaron a cabo su lucha dependió del origen social de cada caudillo y de su particular punto de vista; en otras palabras: traté de demostrar que la acción de los grupos insurgentes fue más violenta y destructiva cuando estuvieron encabezados por indios o mulatos que por criollos o mestizos, debido a que pertenecían a sectores con más resentimiento social y porque aprovecharon la guerra para resolver diferentes problemas o para vengar afrentas, agravios, atropellos y otras injusticias.

En 1986 salió un libro rezagado que debió aparecer un año antes, o sea, cuando se conmemoró el 175 aniversario del inicio de la insurgencia. Se trata de un texto de pequeñas dimensiones que lleva el título de *La guerra de independencia en Jalisco*, preparado por un grupo de historiadores no profesionales, el cual agrupa cinco ensayos, la mayoría de ellos biográficos, cuyos autores, por haberse apoyado exclusivamente en fuentes bibliográficas de muy atrás, repitieron lo que ya venía diciéndose desde los tiempos de Pérez Verdía.²² Más tarde, en 1989, José Luis Razo Zaragoza

21. Publicado en *Encuentro*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco, julio-septiembre, 1985, v. II, núm. 4.

22. “El Amo José Antonio Torres”, de Federico Munguía; “El sitio del Fuerte del Sombrero”, de Pedro Vargas Ávalos; “José María Mercado, héroe de nuestra independencia”, de Salvador Gutiérrez Contreras; “El padre Calvillo, un insurgente de la zona del Norte”, de Luis Sandoval Godoy; y “La batalla del puente de Calderón”, de Jesús Sánchez Carrillo. El libro fue publicado en Guadalajara por la UNED en 1985.

reeditó los siete números de *El Despertador Americano* con una breve introducción, en la que tampoco se puede encontrar nada novedoso. Justo en este momento apareció el libro de Eric Van Young, *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*. Una de las tesis centrales que maneja este autor consiste en que el crecimiento de la población urbana impulsó el desarrollo de la agricultura comercial en la zona abastecedora de esta capital en vísperas del levantamiento de Hidalgo. Además, Van Young sostiene que el incremento demográfico en el campo provocó que a finales del siglo XVIII hubiera una mayor presión sobre la tierra, lo que intensificó la gravedad de los problemas agrarios. Estas aportaciones fueron muy útiles para explicar por qué los indios de estas zonas se incorporaron a la insurgencia.

Desde el punto de vista historiográfico, la década de los noventa del siglo XX fue de suma importancia por la aparición de varios estudios que hicieron aportes sustantivos para la historia de Jalisco y, en particular, para la guerra independentista. En 1990 apareció un libro fundamental que abordó la insurgencia desde el punto de vista moderno: *Raíces de la insurgencia en México: historia regional, 1750-1824*, de Brian R. Hamnett, en el que analiza los casos particulares de Zacatecas, San Luis Potosí, Guadalajara, los Llanos de Apan, el sur de Morelos, Puebla, Oaxaca y Guanajuato. Una de las ideas centrales que desarrolla este autor consiste en demostrar que al estallar el movimiento insurgente, cada una de estas intendencias atravesaba por una situación distinta. Al explicar el caso de Guadalajara, retoma la conclusión a la que llegó Eric Van Young, en el sentido de que el desarrollo de la agricultura comercial y el aumento de la población indígena provocaron en algunas zonas mayor presión sobre la tierra y deterioraron las prácticas tradicionales, para afirmar que fue justamente la penetración del capital mercantil lo que orilló a los pueblos de indios afectados a participar en la insurgencia. O sea, que los

focos de insurrección habrá que buscarlos en las zonas donde se extendió la agricultura comercial.

En 1991, Carmen Castañeda comenzó a explorar una nueva veta: la historia cultural. Los trabajos que publicó a partir de ese año, como “Los usos del libro en Guadalajara, 1793-1821”, “La imprenta y la cultura popular en Guadalajara en la época colonial tardía” (1992) y “Cuando los libros y la imprenta llegan a Guadalajara” (1995), permitieron conocer no solamente el material que leía la élite ilustrada en las postrimerías del virreinato, sino el nivel de alfabetización, la difusión de la lectura, los lectores, las bibliotecas públicas y privadas, y la cultura política predominante en vísperas del inicio de la rebelión de Hidalgo.²³ A su vez, mi libro *La Oligarquía de Guadalajara* (1991) permitió conocer la composición interna de la élite tapatía y la actitud que asumió durante la insurgencia, así como los beneficios que redituó la llegada de la nao de China y el arribo de los “panameños” al puerto de San Blas, tras el bloqueo que impuso Morelos a Acapulco. En 1992, Brian Connaughton dio a conocer su libro *Ideología y sociedad en Guadalajara*, en el que analizó el pensamiento y las ideas clericales de fines del periodo colonial y principios del independiente; pero, sobre todo, las tensiones, desacuerdos y contradicciones que hubo al interior del clero durante la guerra de independencia.

Las aportaciones de Taylor, Van Young, Hamnett, Jaime E. Rodríguez y otros académicos no han logrado modificar la idea tradicional de la independencia fuera del ámbito académico. Buena parte de lo producido en los últimos diez años sigue impregnada del sabor tradicional; además, continúa el empecinamiento de rescatar a personajes olvidados, a quienes por ingratitud no se les ha hecho justicia, porque aún no tienen un monumento o su nombre no está inscrito en el palacio legislativo o en las placas que se colocan en cada una de las calles de los pueblos y ciudades. Dos de estos trabajos reivindicativos son el de José Trinidad Padilla Lozano, *Historia del Mariscal de Campo don José*

23. El primer artículo fue publicado en Alicia Hernández Chávez y Manuel Miño Grijalva (coords.), *Cincuenta años de historia en México*. México: El Colegio de México, 1991, v. 2, pp. 39-68; el segundo en *Eslabones*, México, núm. 4, diciembre de 1992, p. 63-69; el tercero en *Libros de México*, México, núm. 38, enero-marzo de 1995, p. 25-34.

María González Hermosillo, *orgullo de Jalostotitlán*, y el de Salvador Navarro Sánchez, *La isla de Mezcala. La gesta olvidada*. No faltan tampoco los textos que se publicaron para dar a conocer otros aspectos desconocidos de la vida de los grandes caudillos regionales, como es el caso de *Cartas de Pedro Moreno sobre la guerra de independencia*, de Sergio López Mena, aparecido en 1993.

En Sinaloa se publicaron algunos artículos que si bien aportaron conocimientos nuevos, continuaron difundiendo la idea de que una vez derrotada la hueste de José María González Hermosillo, la insurgencia concluyó en las Provincias Internas de Occidente. Entre estos trabajos figura el de Jesús Lazcano Ochoa, “Breves noticias sobre la guerra de independencia en Sinaloa” (1986); el de Ignacio López Salazar, “¿Por qué Sinaloa tuvo poca importancia en la guerra de independencia?, ¿Qué factores influyeron para que se presentara tal situación?” (1986); y el de José G. Heredia, “El combate de San Ignacio”, (1999), quien también es autor de *Apuntes para la historia de la guerra de independencia en el estado de Sinaloa* (2006). Con respecto a Sonora hay que mencionar el artículo de Gilberto Escobosa Gámez, “Los tiempos de la independencia en Sonora” (1999).

Entre lo poco que se puede rescatar de la producción historiográfica del primer decenio del siglo XXI es la tesis que presentó en El Colegio de Jalisco Ernesto Rodríguez Sandoval, *La participación indígena en los movimientos insurgentes de la intendencia de Guadalajara*, para obtener el grado en Maestro en Historia; el trabajo que Jaime E. Rodríguez publicó recientemente con el título de *Rey, religión, yndependencia y unión: el proceso político de la independencia en Guadalajara*; y el artículo de José Miguel Romero “El partido de los perversos. Colima en la lucha insurgente”, en el que explica lo ocurrido en una región un tanto marginal.²⁴ Estos estudios interpretan el movimiento insurgente de acuerdo con los requerimientos de la nueva historia política. El

24 Publicado en Patricia Galeana (coordinadora). *La consumación de la independencia*. México: AGN, 1999, t. I.

análisis que hacen los autores parte, precisamente, de las profundas mutaciones culturales que provocó la invasión napoleónica a España y de las revoluciones que surgieron en el mundo hispanoamericano, las cuales anunciaban el tránsito a la modernidad y la gestación de movimientos encaminados a la formación de nuevas naciones.

La nueva interpretación que debe hacerse de los movimientos insurgentes que brotaron en el noroccidente de México, en vísperas del bicentenario, debe partir, necesariamente, del nivel de análisis al que han llegado Hamnett, Jaime E. Rodríguez, Van Young, Taylor, y otros especialistas mexicanos, cuyas aportaciones son fundamentales. Pero, también, del planteamiento de nuevos problemas e hipótesis, así como de preguntas que aún permanecen abiertas. Por ejemplo, importa analizar el significado de muchas de las palabras modernas que utilizaron los insurgentes y los realistas para describir la nueva realidad o para definir el proyecto de nación. A nivel regional debe destacarse la situación particular por la que atravesaba la intendencia; la centralidad de Guadalajara, para aclarar que la extensión del movimiento de Hidalgo partió de esta ciudad a otros puntos del noroeste, siguiendo las rutas comerciales; la manera como se regionalizaron los levantamientos; la participación y la abstención de los grupos sociales; la composición de las cuadrillas de rebeldes; y la fuerza que adquirió la élite tapatía con la apertura del puerto de San Blas, la cual la llevaría, al consumarse la independencia, a asumir posiciones radicales y a condicionar su unión con las demás provincias.